

Aprendizaje a pie

RAÚL ACOSTA*

* *Doctorando en Antropología Social por la Universidad de Oxford, en el Reino Unido.*

La combinación de lluvia y viento me obliga a correr, pues mi paraguas amenaza con colapsarse, y mi abrigo traiciona con filtraciones. La carrera termina entre un par de enormes columnas que enmarcan entrada del neoclásico museo Ashmolean, en la ciudad centenaria de Oxford. La puntualidad británica permite que a la hora convenida comience la plática programada sobre arte de India, en la cual la investigadora encargada de esa sección nos describe los tesoros ahí presentes, explica su contexto histórico-cultural, religioso, artístico y geográfico, y contesta preguntas de los estudiantes reunidos. Es un viaje a través del tiempo no sólo por el contenido de la charla, sino porque se lleva a cabo en el primer museo en abrir sus puertas al público, en 1685, cuando era una ecléctica colección de objetos de distintos rincones del planeta y animales disecados, amontonada en una enorme sala de otro edificio de la Universidad de Oxford. Con el paso del tiempo vino una mayor clasificación, y la universidad abrió otros museos especializados en los que repartió algunos de los objetos originales del Ashmolean. Así nacieron los museos de historia natural, de ciencia y el etnográfico.

Yo voy a los museos para aprender, inspirarme, pasar el tiempo, entretenerme, y mucho más. Por eso creo que cumple con la vocación de 'palacio de musas' que llevan en el nombre (*museos*). Entrar a un museo es como viajar y visitar lugares lejanos, pues permite a cualquiera ver

cosas quizá familiares (e incluso a uno mismo), desde otro punto de vista, lo que a su vez enriquece y ensancha la visión que uno posee del mundo. Esto, sin embargo, no se da automáticamente, pues así como uno puede pasear sin fijarse en lo local, o menospreciarlo con comparaciones inútiles, así también uno puede desperdiciar una visita a un museo al verlo sólo superficialmente. Los buenos museos son un mar de conocimiento o de creación. Si hay claridad en la clasificación de los objetos, en su exhibición, en sus espacios, y en la información que ofrecen, entonces el espectador se lleva más de lo que cree. Pero nada de eso vale si el visitante está indispuesto a curiosear por el mundo expuesto en las salas. El recorrido por cualquier museo, con sus goces y aprendizajes, es una experiencia personal. Sin embargo, la planeación y los objetivos de los museos, así como de las exhibiciones particulares, marcan la pauta que lleva de la mano al espectador.

Para los eternos curiosos, como yo, es fácil caer en una especie de adicción a los museos. A donde quiera que vayamos, buscamos ir al menos a uno. Y con la asiduidad viene una creciente exigencia. Llegan a cautivar los museos vivos: los que estimulan el espíritu crítico de los asistentes; los que renuevan el interés de visitantes asiduos; los que se las ingenian para presentar de manera creativa exhibiciones de denso contenido; los que no sólo dan, sino que están dispuestos a escuchar; en los que el personal sonrío

por gusto y convicción, no por obligación. No importan tanto el tamaño ni la especialidad, sino la calidad (entendiendo que ésta requiere más de imaginación que de dinero). Simplificando mucho, creo que existen tres grandes tipos de museos: los de historia y cultura, los de ciencia y tecnología, y los de arte. Cada uno de ellos tiene muy distintas características y objetivos, pero todos se disfrutan de alguna manera, y dejan algo al espectador. No intento decir que todos los museos son una maravilla. La gran mayoría están muy descuidados y reflejan el escaso interés de los gobernantes o administradores por invertir en este tipo de producción cultural o educación indirecta. Pero estos descuidos también dicen mucho de las sociedades que los presentan, del momento histórico actual y de las prioridades de la sociedad en general. El presente texto ofrece un panorama de algunos ejemplos de estos museos, condimentados con algunas descripciones o experiencias más en algunos de mis museos favoritos.

Un recorrido a través de la historia y una inmersión en la cultura

Al atravesar la puerta de Brandemburgo tuve la sensación de caminar a través de un museo vivo en medio de la ciudad de Berlín. La historia reciente está a la vista en muchos rincones urbanos, empezando por la cicatriz que con ladrillos marca el contorno que tuvo el muro de la guerra fría. Cerca de ahí, en la llamada 'isla de museos', esa sensación se repitió en el museo Pergamon pero con un efecto de máquina del tiempo, pues sus exhibiciones estrella son una serie de reconstrucciones de fragmentos originales de ciudades antiguas. La más grande de todas es el templo dedicado a Zeus que hacia el segundo siglo de nuestra era adornaba la ciudad griega de Pergamon. También está ahí la fachada del mercado de Mileto con sus 16 metros de altura, que dominaba a la ciudad comercial del imperio romano en Asia menor hacia el primer siglo a.C. Hasta ahí, aún era posible saberse en el presente, pues resultaban evidentes las paredes del museo. El verdadero efecto

de retroceder en el tiempo lo produjo para mí el caminar a través de la colorida puerta Ishtar y por el pasillo que daba la bienvenida a la ciudad de Babilonia hacia el siglo sexto a.C. Sus mosaicos azules mantienen un brillo especial, y permiten que las figuras de animales diversos representados con mosaicos de otros colores vuelvan a la vida. Mientras avanzaba me dirigía al interior de una ciudad mítica para la humanidad, que originalmente ocupaba el mismo sitio donde ahora Estados Unidos mantiene sus tropas contra la voluntad de muchos iraquíes y árabes en general.

Los problemas actuales pueden entenderse mejor bajo una perspectiva histórica. Y eso es en parte el ánimo detrás de los museos. La idea de los museos nació de la curiosidad intelectual que sirvió de caldo de cultivo para la ilustración, que buscaba poner al alcance del pueblo todo el conocimiento de la humanidad (algo que hasta entonces sólo estaba al alcance de los nobles). Los museos, entonces, son primos hermanos de las enciclopedias. De esta manera, el ánimo por ofrecer un vistazo sobre el conocimiento humano, así como su historia y desarrollo, fue dando forma a través de los siglos a las distintas clasificaciones que hoy conforman una amplia diversidad de museos. Los que más suelen atraer la atención, sin embargo, son los histórico-culturales con objetos e información sobre épocas pasadas. Estos museos en Europa son impresionantes. No es coincidencia que se encuentren entre sus principales atracciones turísticas. En conjunto, reúnen piezas clave de muchas culturas que han servido de cimientos para las actuales civilizaciones. Se trata de lecciones de historia en tercera dimensión. Entre ellos destacan el Louvre y el British Museum, cuyas colecciones están organizadas por periodos históricos y zonas geográficas. El Louvre, establecido en 1793 por la República Francesa, fue uno de los primeros en abrir sus puertas al público después del Ashmolean (1685), el de Dresden (1744), el Británico (1759) y el del Vaticano (1784). Su inauguración dice mucho del momento político en el que nació, pues fue producto de un ánimo por hacer que el arte y el

los museos se convirtieron en escaparates para presumir el poderío político, militar y económico

conocimiento fueran accesibles al público en general. Sobra decir que la realeza y la nobleza contaban ya con grandes galerías dedicadas a colecciones de arte, o de otros objetos, para su gozo privado. La novedad consistía entonces en compartir estas colecciones con la población, en darle un cierto orden, en permitir que tales colecciones fueran investigadas por académicos, y que esos espacios se constituyeran por sí mismos en lugares de aprendizaje.

Muy pronto, los museos se convirtieron en escaparates para presumir el poderío político, militar y económico, al mostrar tesoros de territorios conquistados o invadidos. Así es como muchos tesoros asiáticos, egipcios, árabes, mesoamericanos, y de otras regiones, encontraron su lugar en las vitrinas europeas. Ahora, estos museos muestran un panorama impresionante sobre distintas culturas de la antigüedad, con objetos clave de cuya existencia nos enteramos desde niños. Yo nunca hubiera imaginado, por ejemplo, estar frente a la reproducción en mármol del rostro de Pericles cuya fotografía aparecía en mi libro de texto de sexto de primaria; y menos aún, que estuviera frente a un indiferente trabajador del stand de audioguías para la exhibición del Partenón, en el Museo Británico. Tampoco me imaginé jamás estar frente a la Gioconda, de Leonardo da Vinci, entre un torbellino de gente, y quedar fascinado por la colección de pinturas que la rodea en el Louvre, y que nadie parecía notar por el atractivo hipnotizante de la Gioconda. Estos museos permiten al espectador ser un *voyeur* a través de la historia, pues literalmente se asoma a la vida cotidiana antigua a través de objetos usados hace siglos. Un rincón ideal para esto en el Ashmolean es una sala cerrada para la que uno debe pedir permiso de entrar donde se exhiben cientos de piezas de cerámica griegas, entre copas de vino, jarrones para agua, juguetes para niños, y muchas otras.

Museos como los mencionados hay pocos, y suelen ser herederos de grandes imperios. Sus piezas y la forma de mostrarlas conforman una especie de 'orgullo' histórico. Así, el imperio austro-húngaro construyó en Viena el primer

edificio dedicado *ex profeso* para museo (Hasta entonces, los museos habían ocupado edificios construidos con otro fin). El Vaticano se vanagloriaba de ser la institución más duradera de la humanidad y la más influyente en su tiempo, y lo presumió abriendo las puertas de su impresionante museo. El uso de los museos para fomentar el orgullo de la memoria imperial ha sido muy polémico. Incluso, se ha cuestionado la continuidad de dichos museos. Sus críticos dicen que las piezas deberían estar en los lugares que las vieron nacer; sus defensores aseguran que donde están se encuentran en mejores condiciones que en los países carentes de recursos para su cuidado, aunque hayan sido su cuna. Numerosas colecciones de arte y objetos valiosos fueron regaladas, robadas o compradas en territorios lejanos. En la actualidad, una infinidad de litigios por parte de ex colonias europeas intentan recuperar algunos de sus tesoros históricos. Dos ejemplos: México ha solicitado ya muchas veces el penacho de Moctezuma al gobierno de Austria; e India ha insistido en múltiples ocasiones ante el gobierno británico la devolución del diamante Kohinoor, que con sus más de cien kilates es el mayor de los más de 2,800 diamantes que adornan la corona del o de la monarca en turno del Reino Unido. Estas polémicas dicen mucho de la sociedad actual, de la forma en que está organizado el mundo, y de la manera en que llegamos a este momento en la historia. Son, por decirlo así, una lección por sí misma.

Otros museos de este rubro son los que acompañan a zonas arqueológicas. Los edificios en ruinas dicen ya mucho por sí mismos, pero un museo *in situ* que albergue a algunos de los objetos hallados por los expertos que estudian el lugar agrega mucho más sobre la vida anterior de la ahora ruinosa construcción. Además, se pueden incluir mapas que ayuden a aclarar la distribución de los edificios, y exhibiciones que muestren la vida del lugar cuando fueron construidos. México tiene cientos de zonas arqueológicas y algunos museos de este estilo. Una excepcional es la de Palenque, en Chiapas, cuyas pirámides permanecen silenciosas en medio de

un mar de selva protegida. Pero su museo de sitio realmente no me decía nada especial. El reto de estos recintos es ofrecer un panorama que ayude al visitante a entender cómo vivían los pobladores originales del sitio, y cómo eran utilizados los edificios cuyas ruinas son el centro de atención. En general, muchos parecen estáticos, congelados en el tiempo, y demasiado aburridos para un tema tan interesante como lo es asomarse al pasado. Esto es una lástima, pues al privilegiar museografías que parecen dirigidas a expertos o a nadie en particular, y al no animarse a tomar riesgos en la exposición de las piezas, un centro que pudiera estar lleno de vida e interés parece ser bodega de artesanías.

Muy distintos son los museos históricos, que usualmente relatan la historia de alguna región o nación, un periodo específico en la historia de una localidad, una batalla importante, o algo por el estilo. Por su naturaleza, estos museos sirven a los gobernantes para establecer una determinada identidad nacional a través de una diversidad de símbolos y personajes a destacar, como sucede con los programas de estudio y los libros de texto de las escuelas oficiales. De esta manera, la forma en que los gobiernos representan su historia parece retratar más la visión con que el gobierno intenta 'significarse' (justificarse o legitimarse) en la actualidad, que una visión objetiva de su pasado. En India, por ejemplo, una amiga vestida con un precioso sari me paseó por un museo dentro del Fuerte Rojo en Delhi que muestra las distintas luchas aisladas por expulsar a los ocupantes europeos así como la forma en que los distintos grupos étnico-religiosos del país se unieron para lograr la independencia del subcontinente asiático en 1947. En Granada, la Alhambra y otros monumentos en la ciudad me decían más sobre la toma de la ciudad por los reyes católicos —lo que ayudó a forjar la identidad unitaria del reino y futuro Estado español— que sobre la visible herencia árabe en la región (Andalucía aún es considerada parte del mundo árabe). Un museo histórico está siempre vivo, pues no consiste sólo de los objetos que se muestra, sino también de la manera en que se exhiben, del contexto, de la in-

formación, y de muchos otros recursos que pueden utilizarse, así como también de sus carencias, sus silencios y sus errores. Todo esto es también una gran lección, que con un enfoque crítico ayuda a reflexionar tanto sobre el pasado como sobre el presente.

Entre los museos históricos pueden considerarse también los monumentos y edificios con alguna importancia histórica o cultural. En París, la torre Eiffel, el Arco del Triunfo, la Ópera y Versalles, son algunos ejemplos de construcciones cuyo simbolismo forma parte de la personalidad de la ciudad. Me llamaba mucho la atención cómo algunas de estas edificaciones son en cierta manera huellas de la evolución del poder local. Así, Versalles no sólo representaba para mí el lujo y la ostentación de la corte antes de la revolución francesa, sino también el irónico delirio imperial del general que logró la victoria para tal revolución: Napoleón. En México, el monumento a la Revolución iba a ser la cúpula central del nuevo congreso que construía Porfirio Díaz cuando estalló la revuelta armada que terminó con su dictadura, razón por la cual quedó inconcluso y se decidió usar tal megaestructura para simbolizar la subversión. Por otro lado, hay lugares que marcan dónde nacieron personajes históricos en todos los rubros. En Salzburgo, Austria, la casa donde nació Mozart es uno de los principales atractivos turísticos (y miles de turistas la visitan y compran playeras con el nombre y la silueta del músico estampadas sobre algunas notas musicales). También están los edificios-monumentos, cuyo valor radica únicamente en su valor estético. En todo el mundo haciendas, mansiones, palacios y castillos representan el canon de belleza y lujo. A lo largo y ancho de Inglaterra, cientos de mansiones están abiertas al público en un esquema que permite a sus dueños, herederos de fortunas y títulos nobiliarios, obtener un ingreso necesario para la conservación de los edificios. Y al mismo tiempo, las pueden cerrar al público cuando tienen sus fiestas privadas. El Palacio Blenheim, cerca de Oxford, tiene tarifas distintas para pasearse por sus jardines con lago artificial, para visitar el interior del palacio donde

vivió Winston Churchill (y ver las excelentes pinturas que hacía en su tiempo libre), o para visitar el área para niños, con su jardín/laberinto y juegos diversos.

En ocasiones, los museos históricos tienen mucha relación con los culturales o etnográficos. A veces existe una mezcla de ambos. Otras, son claramente distintos. En general, puede decirse que ambos buscan un fin similar: mostrar cómo ha vivido el ser humano a través del tiempo en distintos lugares, y cómo ha ido evolucionando su vida hasta nuestros días. Los museos etnográficos, o antropológicos, sin embargo, suelen mostrar los objetos con un mayor contexto, para ofrecer al espectador una apreciación de cómo vivía la población que los produjo. Entre estos, nuestro Museo Nacional de Antropología es una verdadera joya. El territorio que abarca México es un lugar donde se desarrollaron e interactúan muy diversas culturas desde mucho antes de la llegada de los europeos. El entendimiento de dichas culturas no es estático, pues cada año se agregan nuevos descubrimientos y nuevas interpretaciones de datos ya existentes, que echan luz sobre temas antes parcial o totalmente desconocidos. Esto habla de un continuo proceso de construcción de conocimiento en el que nada es definitivo. Y esto también es otra gran lección sobre el conocimiento mismo, para cualquier persona dispuesta a poner atención. Ahí toca también al museo mismo aprender a presentar las novedades para que los visitantes sepan cuándo algo ha cambiado, aunque no siempre lo hagan. Algunos museos etnográficos son más ambiciosos, pues intentan mostrar la evolución del hombre en el planeta, y no tanto en una región específica. Pero en muchas ocasiones esto se ve influido por la naturaleza imperial de los países que los crean. La misma disciplina de antropología tiene sus orígenes en el ánimo de los poderes europeos por conocer mejor a los nativos de sus colonias para administrarlas mejor. En Copenhague, por ejemplo, el museo etnográfico muestra una asombrosamente extensa colección de la cultura inuit, o esquimal, que parece recordar al espectador que Groenlandia aún es territorio dependiente de Dinamarca.

Un detalle que dice mucho sobre cómo ha evolucionado el entendimiento de la sociedad es la clasificación misma de estos museos. Originalmente, las colecciones llamadas etnográficas formaban parte de las colecciones de historia natural. En Oxford, por ejemplo, el ingreso al museo etnográfico Pitt Rivers se encuentra en la parte trasera del museo de historia natural. Esto representa la transición entre el entendimiento del ser humano desde un punto de vista meramente científico y uno cultural. La transición era necesaria, y ha logrado un entendimiento más profundo sobre la naturaleza humana. Al respecto, el Pitt Rivers ofrece una colección singular, y sobre todo un acomodo fascinante. En sus pasillos y vitrinas se ha mantenido el criterio de exhibición original establecido por el militar británico dueño de la colección original y cuyo nombre bautizó al museo. Se trata de un acomodo por uso de los objetos en lugar de por región de origen. De esta manera, hay un área para utensilios de cocina de todo el mundo, otra para armas de guerra, y otra más para piezas de cerámica, entre muchas más. Esto permite conocer distintas soluciones para problemas similares ideadas en lugares distantes entre sí, y en épocas cuando aún no existía la capacidad de comunicación actual. En la sección de adornos personales, por ejemplo, los corsés europeos están al lado de los cuellos alargados de África bajo un título algo así como 'mutilaciones y modificaciones corporales con fines estéticos'. En el área de cocina, un molinillo para hacer chocolate del México colonial está a un lado de utensilios africanos y asiáticos para otras especialidades regionales. Y así sucesivamente.

El arte de apreciar la evolución del gusto estético

Caminar por las calles parisinas siempre es un deleite. Los puentes, los templos, los edificios de gobierno, las galerías privadas. No había descanso para mis ojos que recién estrenaban aquellas vistas hace pocos años. Y, sin embargo, no estaba yo preparado para el centro Pompidou,

el museo de arte contemporáneo local. Se trata de un edificio cuyo exterior son una serie de tubos metálicos de distintos colores, por lo que contrasta con los edificios que lo rodean. Adentro, el centro tiene dos grandes colecciones permanentes, una de obras creadas entre 1905 y 1960, llamada 'los modernos'; y otra de la segunda fecha hasta nuestros días, 'los contemporáneos'. Hace ya un par de años estaba montada una excelente exhibición temporal titulada 'La revolución surrealista'. En ella, obras de pintores del movimiento como Salvador Dalí, por ejemplo, cobraban vida a un lado de obras de Picasso, Magritte, Ernst o Miró. O viceversa. Algunas áreas de exhibición reproducían el estudio de alguno de los artistas o jugaban con los objetos expuestos. También se proyectaban constantemente un par de escenas de películas de Buñuel, y se presentaban documentos clave como el primer manifiesto surrealista. Ver las obras, el contexto y a los personajes del movimiento surrealista permitían a los espectadores entenderlo como un conjunto.

Los museos de obras artísticas son universos por sí mismos. Los artistas trabajan no sólo con pinceles y pinturas, o cinceles y piedras; sino con significados. Una obra artística es valorada por su manejo de distintos niveles de significación. Uno de ellos, quizá el más evidente, es el estético. Pero, ¿cómo determinar cuándo una obra es valiosa? Son muchos los casos de pintores que en vida sufrieron en extremo y cuyas obras ahora son valuadas en miles y hasta millones de dólares. Los museos de arte usualmente guardan en sus colecciones una muestra de cómo ha evolucionado el gusto estético de la sociedad que los creó. De esta manera, las colecciones permanentes de los museos de prestigio ofrecen un panorama de la historia del arte. Y el prestigio lo obtienen los museos gracias a su trayectoria, a su constante labor de recopilación y estudio, de exhibición y museografía. Se puede decir que muchos museos histórico-culturales en parte son también museos de arte, aunque suelen estar más enfocados a recrear la vida en otra época para lo que incluyen obras artísticas, pero también objetos ornamentales u otros cuya impor-

tancia radica en su relevancia para el museo, para su exposición permanente. El Thyssen-Bornemisza es en realidad una colección privada cedida al gobierno español después de cinco años (1988-1993) durante los cuales fue expuesta a manera de préstamo por el barón Hans Heinrich Thyssen-Bornemisza. El barón y su esposa española, legaron así una de las colecciones privadas de arte más importantes del mundo. Londres cuenta con sus propios megamuseos, como son la National Gallery, la National Portrait Gallery (un fascinante recorrido por el retratismo inglés, muy característico de la isla quizá debido al individualismo extremo que vive esta sociedad), así como los museos Tate y Tate Modern. Estas grandes colecciones ayudan al espectador a entender la evolución en el gusto estético occidental, al reunir obras recientes y otras anteriores que las inspiraron.

También me gustan mucho los museos monográficos, que muestran el desarrollo individual de un artista en específico. Estos museos son relativamente pequeños, usualmente dedicados a echar un vistazo a la vida productiva de grandes artistas. En la ciudad de México está el Tamayo; en Ámsterdam, el de Van Gogh; en París, el de Rodin; en Barcelona, el de Miró. Algunos son pequeños, otros enormes. Un buen ejemplo es el de Picasso en París (hay otro en Barcelona, pero el parisino es más completo). Este museo lleva de la mano al visitante a través de un recorrido laberíntico por sus distintos periodos de creación, con sus tendencias e influencias. De esta manera, la evolución artística de Picasso está a la vista en obras específicas, y también complementada con textos explicativos, reflexiones, y contextos históricos. El valor del Guernica, por ejemplo, radica en parte por los símbolos con que Picasso ilustró un hecho inhumano como lo fue el bombardeo del pueblo vizcaíno de Guernica, pero también en el hecho de que con este cuadro Picasso dejaba un alegato contra la guerra, la violencia, la barbarie y la injusticia, justo antes de que el fascismo y el nacionalsocialismo llevaran a Europa a la Segunda Guerra Mundial, pues fue pintado en 1937. Con esa pintura, Picasso también busca-

ba mover al espectador, influir en él para llevarlo a un estado de ánimo. Y esa capacidad es otro de los valores del arte. De esta manera, es posible analizar las obras artísticas para deconstruir su significado de acuerdo con el contexto histórico y la vida del artista que las creó, pero siempre se agregarán significados por cada espectador que se involucre con la obra, que la haga suya y se deje llevar. Los museos de arte son también, entonces, un espacio para descarapelar significados de las obras, para entender que lo visible es sólo una parte de la obra.

La apreciación del arte puede ser muy subjetiva. De ahí que los grandes museos tiendan a ser o precavidos o atrevidos. Por ejemplo, el museo Ashmolean, en Oxford, tiene algunas pinturas de la primera parte del siglo XX, pero ninguna posterior, pues dicen que no quieren arriesgarse a adquirir obras de la segunda mitad hasta que pase un poco más de tiempo y se aclare cuáles son las tendencias que mejor representan esa época. Museos como este intentan ser resúmenes de lo que todos quizá inconscientemente asumimos como lo bello, como lo estético, a lo que le damos valor. Hay muchos artistas 'incomprendidos', pero el que lo sean se puede deber simplemente a que un determinado sistema no les permite el acceso a un público suficiente que los aprecie y que decida si son o no representativos de su sensibilidad. En el mercado ideal del arte para eso son las galerías privadas, para que los artistas se den a conocer y sus obras se vayan moviendo por su propio valor. Y luego las verdaderamente representativas, las 'valiosas', lleguen a los museos. Sin embargo, es común que los favoritismos y amiguismos permitan que algunos artistas se cuelen a las listas de los favoritos en una determinada época. También ocurre que artistas que quizá fueron muy populares en alguna época después pasan al olvido, o al revés, artistas desconocidos son descubiertos después de su muerte y sus obras pasan a ser mejor valoradas.

Con la mayor especialización de los museos ha llegado también un esfuerzo por hacer que el edificio forme parte y ayude a la exhibición. Así, hay cada vez más museos de arte cuyo diseño

arquitectónico es una muestra de una evolución estética específica. Ahí están los Guggenheim en Nueva York y en Bilbao, el Getty en Los Angeles (cuyo jardín laberíntico es una atracción por sí misma), el IVAM en Valencia, y tantos otros. El danés Louisiana me fascinó, pues su edificio en la costa al norte de Copenhague parece hecho para contemplar el helado mar y a la vecina costa de Suecia a lo lejos, y cuyo jardín está plagado de esculturas y juegos para niños. En el amplio jardín también hay un recorrido, hecho por un artista, que permite al visitante apreciar distintas vistas de la colina que ocupa el museo. Además, algunas de sus salas se esconden dentro de la colina, sin que resulte asfixiante para el espectador. Después de visitar cada sala, me sentaba en una parte distinta del enorme jardín para reflexionar un poco sobre cada exposición. Y para mí, el hecho de que casi cada rincón me ofreciera sorpresas (esculturas juguetonas, laberintos, miradores, etc.) hizo de este museo una parte esencial de mi visita a Dinamarca (sobre todo porque era verano).

La divulgación científica entre cuatro paredes

Mientras caminaba yo por un pasillo rodeado de repisas llenas de productos, y me fijaba en los monitores empotrados en la pared que mostraban a clientes de un supermercado en un día normal de compras, empezó a agitarse el suelo. Estaba temblando. Las estructuras que rodeaban el pasillo empezaron a moverse cada vez más. Los monitores mostraban cómo las repisas derramaban sus productos en los pasillos, mientras otras televisiones ofrecían un vistazo a otros efectos devastadores de un terremoto. La sacudida no duró demasiado, pero sirvió para entender cómo una breve agitación como esa puede destruir o dañar numerosos edificios y arruinar muchas vidas. La gran ventaja es que yo no estaba viviendo el terremoto, sino una recreación en una de las salas del Museo de Geología en Londres. Ahí se describen —mediante textos, imágenes, juegos interactivos y muestras reales— fenómenos naturales como los volcanes,

océanos, la atmósfera, y muchos más. Además, basta recorrer uno de sus pasillos para entrar en el Museo de Historia Natural (del que forma parte), donde pueden conocerse especímenes muestra de todos los tipos de vida que existen en nuestro planeta, así como de los materiales que lo conforman. En la sala dedicada a los animales marinos, una enorme reproducción de una ballena azul hecha de madera a fines del siglo XIX flota justo debajo del esqueleto de una real, y entre esqueletos y reproducciones de delfines, ballenas de menor tamaño (como la gris, la orca y otras), y otros mamíferos que rondan los océanos. La enorme sala de minerales muestra en sus vitrinas formaciones rocosas de todo el planeta en su impresionante variedad de texturas, colores y formaciones. La parte dedicada a los dinosaurios mezcla mucha información sobre su época con esqueletos y maquetas de cómo creen los paleontólogos que vivían y se comportaban esos animales. Ahí, los niños usualmente juegan, se fascinan y hasta se asustan con los robots que reproducen a los enormes dinosaurios.

Muy cerca de ese museo se encuentra el de Ciencia y Tecnología, donde hay muestras de los primeros motores de vapor usadas para drenar las minas inglesas. Ahí es posible entender un poco de la historia de la revolución industrial, pues existen máquinas sencillas que poco a poco facilitaron la labor del ser humano. Es tecnología aplicada cuyos diseños y funcionamiento se debían al un creciente enfoque en los descubrimientos científicos. Me encantó la fascinante colección de balsas, botes, veleros y barcos de muy distintas regiones del mundo, y de muchas épocas, la mayoría en modelos a escala. Pero también reflexionaba yo sobre el que la tecnología ensalzada en esas salas, así como los artefactos mostrados, son primordialmente europeos, y que los modelos de otras partes del mundo siempre están presentados con cierto grado de exotismo que refuerza una visión eurocentrista del desarrollo humano (por ejemplo, no se muestran reproducciones de las enormes naves chinas que recorrieron gran parte del mundo en el siglo XV). Esto ayuda también a entender cómo se ha desarrollado el pensamiento racionalista

europeo, cosmovisión que actualmente intenta llegar al resto del mundo a través de la llamada globalización económica, industrial y financiera.

Los primeros museos de ciencia exhibían muestras de la historia natural. De esta manera, la sociedad europea conocía animales y plantas de lugares remotos, principalmente de colonias y lugares ‘descubiertos’ por exploradores europeos. El inicio de este tipo de museos, sin embargo, se debe a individuos prominentes, como fue el caso de Sir Hans Sloane (1660-1753) en Inglaterra. A lo largo de su vida, Sloane –un reconocido cirujano en Londres– acumuló una enorme colección de objetos naturales, como pieles de serpientes, 338 volúmenes de plantas secas y clasificadas, esqueletos de animales y humanos, y artefactos del mundo antiguo. Él se refería a dicha colección como la labor de su vida, y al final de sus días se encargó de asegurar su preservación. De esta manera, nombró a un comité para que cuidara de su colección y vigilara su buen uso por parte del gobierno, que la destinó al entonces naciente Museo Británico. Un siglo después, el anatomista y paleontólogo Richard Owen (a quien debemos la palabra ‘dinosaurio’) hizo campaña para separar el área dedicada a historia natural, del resto de las exhibiciones. Al poco tiempo comenzó la construcción del actual Museo de Historia Natural, al que los objetos fueron trasladados en 1880. El siglo XIX fue una época en que Inglaterra experimentaba una explosión productiva basada en el desarrollo tecnológico. De esta manera, el entendimiento de la ciencia se relacionó estrechamente con su aplicación en tecnología. En 1851, el príncipe Albert promovió la ‘Gran Exhibición’ en Londres, en la cual se difundían los logros de la ciencia y la tecnología. Los ingresos de dicha exhibición se usaron para comprar los terrenos en South Kensington donde se establecerían instituciones dedicadas al estudio y mejora de la tecnología industrial. Ahí se estableció el Kensington Museum en 1857, que después se dividió en dos: el de Ciencia y el de artes decorativas (Victoria & Albert). Las colecciones de ciencia de aquel entonces incluían modelos, aparatos, materiales, así como libros y

Los primeros museos de ciencia exhibían muestras de la historia natural

materiales educativos. Una exhibición internacional de aparatos científicos en 1876 legó una serie de tesoros para la colección. Y así sucesivamente se acumularon objetos, y se procedió a su clasificación.

Hoy en día, los museos de ciencia permiten conocer la forma en que la ciencia ha evolucionado hasta su aplicación actual. En Europa, la historia de la ciencia es una disciplina que está cobrando mayor relevancia. En los últimos años han abierto sus puertas o se han renovado museos de historia de la ciencia, con un especial énfasis en mostrar el sentido común detrás de descubrimientos e invenciones clave. Al momento de escribir este artículo, el Museo de Ciencia en Londres tiene un par de exhibiciones temporales interesantes: una es sobre la ciencia del deporte, en la que los visitantes pueden tomar parte en juegos y recreaciones, y aprender al mismo tiempo sobre la ciencia detrás de la dieta, la ropa y accesorios, y las capacidades de los deportistas; y la otra es sobre el dolor, con especial énfasis en la manera en que ha sido entendido y enfrentado a lo largo de la historia, lo que incluye a la medicina, la filosofía, el erotismo, y muchas otras ramas del conocimiento o actividad humanas. Ambas exhibiciones representan formas de hacer más atractivos un par de temas que podrían quedarse en una explicación sosa. Con este mismo propósito, la tendencia global en los museos de ciencia es la interactividad, para que los visitantes se involucren y entiendan la relación directa que pueden tener temas científicos con su vida cotidiana. En este ejercicio, el público objetivo privilegiado es el infantil, pues se trata de inspirar y fomentar su curiosidad e interés por temas y disciplinas prioritarios para el desarrollo humano. Por ello también se han multiplicado en el mundo y en México los museos interactivos de ciencia para niños. En Guadalajara está el Trompo Mágico; en el Distrito Federal, el Papalote; en Aguascalientes, el Descubre; en Tijuana, el Sol del Niño; en León, el Explora; en Saltillo, el Chapulín; en Querétaro, el de las Matemáticas. Todos ellos cuentan con juegos y exhibiciones dirigidas a los niños, para abrirles una ventana

al mundo de la ciencia de manera divertida y entretenida. En algunos de ellos también hay periódicas exhibiciones de películas o documentales, ya sea en pantallas IMAX o de cine, así como otros atractivos que intentan promover la asistencia frecuente de los niños interesados.

Los museos como lugar de aprendizaje

La enorme galería que da la bienvenida al museo de historia del arte en Bruselas presume en silencio sus columnas y piso de mármol, sus esculturas y áreas de descanso. Cuando lo visité, atestigüé en esa enorme sala a decenas de niños con playeras de un mismo color, quienes en silencio y con atención escuchaban la silenciosa explicación de una joven maestra. Vi muchas visitas escolares similares a lo largo y ancho de Europa. En el Louvre, una nerviosa adolescente hablaba ante sus compañeros y su maestra sobre esculturas griegas antiguas al lado de una pieza que ella misma eligió para ilustrar su investigación. En la National Gallery, pequeños grupos de estudiantes uniformados acompañaban a un adulto por algunas salas para conversar sobre las pinturas. En el Prado, una hilera de niños en uniforme avanzaban hacia la sala que su maestra había elegido. El contraste con México me parece ilustrativo: en el Museo San Ildefonso, en la ciudad de México, decenas de adolescentes uniformados compraban folletos con toda la información de la exhibición por el bicentenario de la visita de Von Humboldt a México, para no detenerse a copiar los textos, y no había ningún maestro a la vista. Muchos museos cuentan con departamentos educativos que realizan investigación, ofrecen información o facilitan las visitas escolares. El uso de museos como auxiliares en la educación primaria y secundaria es frecuente y común. Y claramente la tendencia es hacerlos más atractivos y entretenidos. El reto es lograr esto sin sacrificar la calidad y sin perder de vista el aprendizaje objetivo. Pero también es necesario elevar la capacidad de crítica general, para que los visitantes puedan retroalimentar a los museos y así lograr un beneficio común. También es necesario que los

Hoy en día, los museos de ciencia permiten conocer la forma en que la ciencia ha evolucionado hasta su aplicación actual

adultos conozcan, aprecien y aprovechen todo lo que ofrecen los museos. Es un tipo de alfabetismo necesario para ver la realidad cotidiana con otros ojos.

La variedad de museos va mucho más allá de la clasificación general presentada en este texto. En el Distrito Federal hay uno de automóviles; en Zacatecas, uno de máscaras; en Londres, uno del diseño; en Amberes, uno del diamante; en Delhi, uno de tazas de baño; en Washington, uno dedicado al plátano. Cada uno de ellos y otros similares retrata un trozo de la realidad actual o pasada y dice mucho de la sociedad que lo creó y lo visita. Los museos de cera, por ejemplo, sirven de retrato social colectivo al ofrecer un panorama de personajes históricos y de la cultura popular. Con el aumento exponencial que está viviendo el turismo a escala global, los museos sirven de cartas de presentación de un lugar para sus visitantes. Pero también sirven – o deberían servir– para que la comunidad que los alberga asista y conozca, descubra, se sensibilice o se inspire, con objetos y temas expuestos. De esta manera, la sociedad misma da forma a los museos que alberga; o también los olvida y los deja en el abandono.

La calidad de los museos mexicanos en general es buena. En todo el país hay colecciones de primer orden y en algunas exhibiciones la calidad museográfica no deja nada que desear con respecto a la de otros países. En ocasiones, sin embargo, algunas exposiciones parecen ser meras bodegas de objetos sin relación entre sí, y sin una explicación que ayude a entender el contexto que los creó o la importancia que tienen para el tema principal del museo. Lo más triste, sin embargo, es que una exhibición valiosa no sea visitada. Sobre este tema, me parece pertinente incluir una cita de Luis Goytisolo¹: “Explica abiertamente Edgar Morin que la belleza

y la cultura hacen al sujeto más sensible, más intolerante hacia la vulgaridad. Sucede como con las dietas sanas y equilibradas, que vuelven al sujeto, a la vez que más fuerte, más vulnerable a las agresiones de la comida basura. Por lo mismo, pero en sentido inverso, así como la comida basura intoxica pero inmuniza, así también la ignorancia y la vulgaridad hacen a las personas insensibles tanto a la belleza como a los aspectos más verdaderamente intensos que puede ofrecer la vida.”

Cuando terminó la charla sobre arte de India, los guardias del museo abrieron la puerta principal para que los asistentes saliéramos del museo Ashmolean. La plática había comenzado cuando el museo cerraba al público, así que a lo largo de hora y media nos había tocado caminar por la sala de arte Indio en un ambiente silencioso y sin más compañía que los guardias del museo. Fue un zambullido en la historia antigua de la producción artística de uno de los países con mayor diversidad étnico-religiosa en el mundo, a través de los ojos y el conocimiento de una investigadora británica que ha dedicado su vida al tema. Al salir a la calle oscura, fría y aún húmeda por la lluvia que parecía haberse tomado un descanso, recordé que aún debía estudiar para mis exámenes finales de maestría, pero me alegró darme cuenta que podía usar algo de lo recién aprendido como ejemplo de uno de los temas que preparaba. La satisfacción, mi sonrisa discreta y mi abrigo, me ayudaron a olvidar el frío mientras el eco de mis pasos me acompañaba a mi dormitorio.

Notas

1. Goytisolo, Luis. “Montaigne y lo nuevo”, en *El País*, 2 de marzo de 2002.